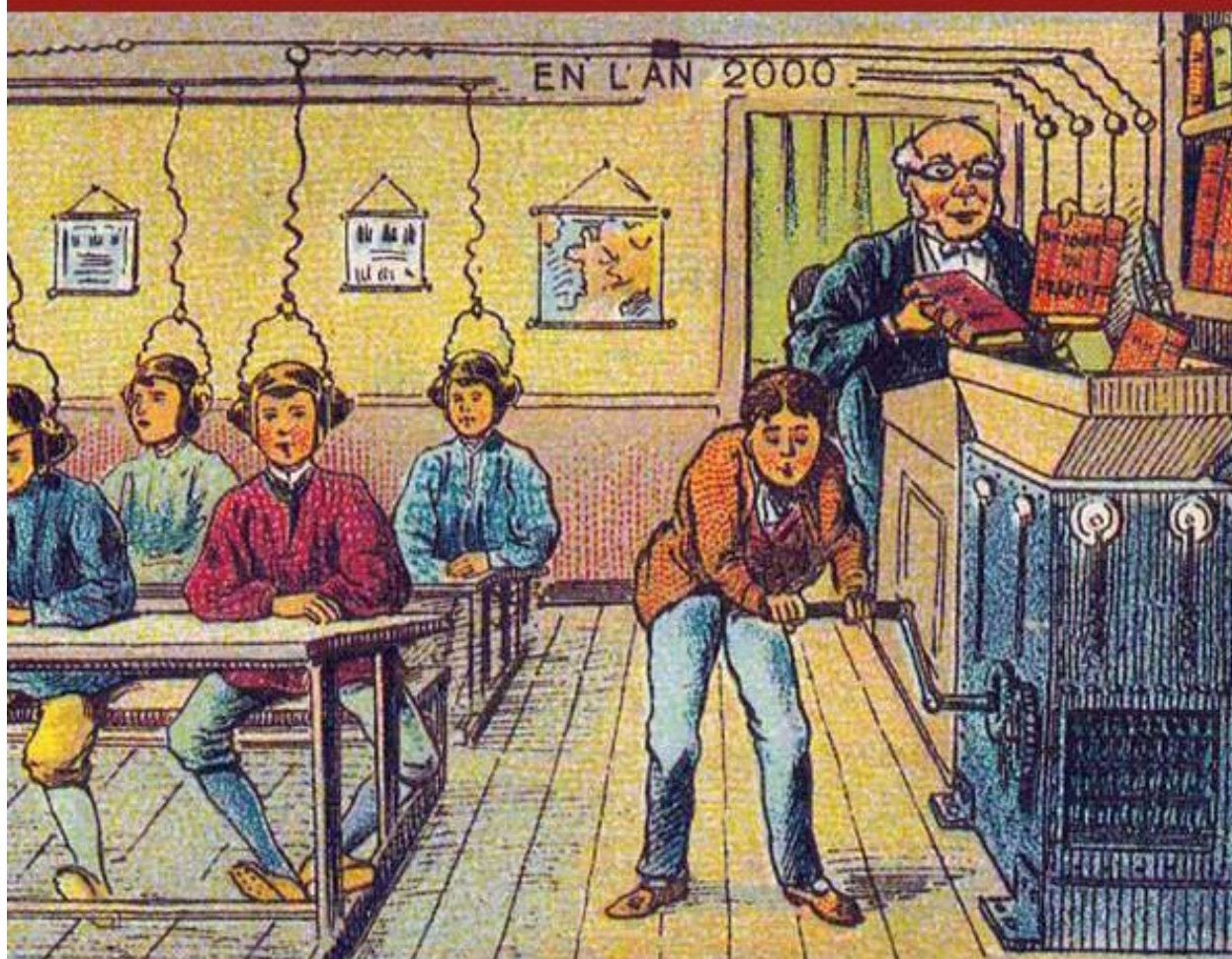


Asociación de Historia Contemporánea  
Actas del XIV Congreso

***DEL SIGLO XIX AL XXI. TENDENCIAS Y DEBATES***  
(Alicante, 20-22 de septiembre de 2018)

Mónica Moreno Seco (coord.)  
Rafael Fernández Sirvent y Rosa Ana Gutiérrez Lloret (eds.)



**BIBLIOTECA VIRTUAL  
MIGUEL DE CERVANTES**  
[www.cervantesvirtual.com](http://www.cervantesvirtual.com)

Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes  
Alicante, 2019

Asociación de Historia Contemporánea. Congreso (14.º. 2018. Alicante)

*Del siglo XIX al XXI. Tendencias y debates: XIV Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, Universidad de Alicante 20-22 de septiembre de 2018 / Mónica Moreno Seco (coord.) & Rafael Fernández Sirvent y Rosa Ana Gutiérrez Lloret (eds.)*

Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. 2019. 2019 pp.

ISBN: 978-84-17422-62-2

Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2019.

Este libro está sujeto a una licencia de “Atribución-NoComercial 4.0 Internacional (CC BY-NC 4.0)” de Creative Commons.



© 2019, Asociación de Historia Contemporánea. Congreso

Algunos derechos reservados

ISBN: 978-84-17422-62-2

Portada: *At School*, Jean-Marc Côté, h. 1900.

# ¿QUIÉN ERA LA CIGARRERA DEL XIX? UNA RECONSTRUCCIÓN DE SU IDENTIDAD DURANTE EL SEXENIO DEMOCRÁTICO (1868-1874)

Rubén Fernández Huertas  
(Universidad Complutense de Madrid)

La cigarrera ha sido presentada como el modelo de mujer de las clases populares, habiendo estado caracterizada por un talante batallador y combativo del que habría emanado una tradición de conflictividad laboral y una conciencia social y política, que habrían distinguido a las trabajadoras del tabaco como colectivo avanzado de su época. El propósito de la comunicación es realizar una aproximación al por qué de ese protagonismo, y averiguar si se puede explicar partiendo de la imagen de feminidad y de la condición de mujer doblemente explotada de las operarias, o si bien dicho comportamiento tiene que ver, también, con otras formas de identidad y otras variables históricas.

La cuestión se tratará de resolver mediante un estudio comparativo de cigarreras de distintas ciudades (La Coruña y Madrid) y de fuentes diferentes (literatura para las gallegas -*La Tribuna*- y hemerografía para las madrileñas), intentando analizar los episodios históricos y de vida en los que este colectivo apareció durante el Sexenio Democrático (1868-1874).

## ¿Qué se ha escrito de la cigarrera? Del relato costumbrista a la historia socio-cultural

A lo largo del siglo XIX, la vida y el trabajo de las cigarreras fueron narrados en relatos costumbristas. La imagen de la trabajadora del tabaco como mujer «de armas tomar» fue dibujada, entre otros, por escritores como Mesonero Romanos, Antonio Flores o Enrique Díez Solís<sup>2806</sup>. Junto a estas descripciones, la cigarrera también tuvo un hueco en la historiografía tradicional del tabaco en España del siglo XX, pero no como sujeto activo sino como agente pasivo, como una pieza más de la producción industrial<sup>2807</sup>. Con ello, la cigarrera fue recluida al universo del folklore y encerrada en el mundo de la manufactura del tabaco, y se dejó de lado su estudio como sujeto histórico y social.

En la década de 1980, se intentó recuperar esa relevancia histórica de la cigarrera, desde un intento encuadrado en la historia social clásica. Los estudios de Claude Morange y Sergio Vallejo

---

<sup>2806</sup> Antonio FLORES: *Los españoles pintados por sí mismos*, Madrid, Gaspar y Roig editores, 1851; Enrique RODRÍGUEZ-SOLÍS: *Majas, manolas y chulas: historia, tipos y costumbres de antaño y ogaño*, Madrid, Imprenta de Fernando Cao y Domingo de Val, 1889; y Ramón de MESONERO ROMANOS: *El antiguo Madrid. Paseos históricos-aneecdóticos por las calles y casas de esta villa (Madrid, 1861)*, Madrid, Dossat, 1990.

<sup>2807</sup> A este respecto, véase la obra clásica de José PÉREZ VIDAL: *España en la historia del tabaco*, Madrid, CSIC, 1959, así como la investigación de Luis ALONSO ÁLVAREZ: «De la manufactura a la industria: la Real Fábrica de Tabacos de la Coruña», *Revista de historia económica*, 3 (1984), pp. 13-34. También se pueden encuadrar aquí los estudios de Caridad VALDÉS CHÁPULI: *La fábrica de tabacos de Alicante*, Alicante, Caja de Ahorros del Mediterráneo, 1989; y los de Francisco MORENO SÁEZ: «Un exemple tardà de destrucció de màquines», *Materials del Congrés d'Estudis del Camp d'Alcant* (1986), Diputació Provincial de Alicante, pp. 281-286.

son representativos de esta vertiente<sup>2808</sup>. Se trata de dos exámenes de la conflictividad de las cigarreras madrileñas, el primero referido al motín de 1830, y el segundo a los incidentes de las operarias en el último tercio del siglo XIX. La propuesta de ambos autores, a pesar de referirse a distintos escenarios y servirse de fuentes distintas, es la misma: se trataría de movilizaciones «pre-obreras», guiadas por una mentalidad tradicional de motín derivada del carácter preindustrial y manufacturero del trabajo de las operarias, que era lo que impedía el nacimiento de cualquier tipo de conciencia de clase entre las trabajadoras.

Habría que esperar unos años para una historia socio-cultural de las cigarreras, que aspirara a definir su identidad colectiva como *algo más* que el resultado de unas condiciones de trabajo determinadas. Este nuevo intento de interpretación se debió, en buena parte, al asentamiento y desarrollo en la historiografía española en los años 80 de la historia obrera de E.P. Thompson y su apuesta por el concepto de experiencia, y de la historia de las mujeres que venía practicándose desde hacía años en el mundo anglosajón.

1993 se torna como la fecha clave en este sentido. Este año iba a ser en el que se escenificaría esta historia socio-cultural mediante la publicación de dos investigaciones, las de Pamela Radcliff y Eloísa Baena Luque<sup>2809</sup>. A la postre, los trabajos de las dos historiadoras, especialmente de la segunda, se convertirían en referentes historiográficos. La aplicación de un enfoque cultural y de género hizo que las autoras definieran la identidad de las cigarreras desde las múltiples experiencias de las trabajadoras del tabaco. Si anteriormente la subjetividad de las operarias estaba encerrada en las relaciones de producción, cómo un epifenómeno de las condiciones del trabajo en las que estaban encuadradas, ahora se incorporaron más dimensiones de la existencia social de la cigarrera para explicar su acción histórica, tales como la situación familiar de la operaria (madre, estado civil...), su vida y situación en la comunidad (vivienda, vecindario...) o su perfil sociológico (procedencia, edad...). El tratamiento de toda la experiencia extra-laboral de las cigarreras hizo que con la obra de Baena asistiéramos al primer intento de reconstruir de forma integral y sistemática la vida de las cigarreras más allá de la fábrica, en este caso de las sevillanas<sup>2810</sup>. Ese acercamiento a las características sociales y laborales de las operarias, junto a una descripción de la situación de la producción, el comercio y la administración del tabaco, incluyó también un análisis de la movilización política de las cigarreras. Por primera vez, todos estos aspectos quedaban no como temas a historiar por separado, sino como partes de una totalidad integral.

A partir de la obra de Baena se abrió todo un torrente investigador. Multitud de historias locales -provinciales- de cigarreras se escribieron desde entonces bajo este nuevo *enfoque integral*. Dicha tendencia perdura hasta nuestros días<sup>2811</sup>. Estas publicaciones se caracterizan, en mayor o menor

---

<sup>2808</sup> Claude MORANGE: «De manola a obrera (La revuelta de las cigarreras de Madrid en 1830. Notas sobre un conflicto de trabajo)», *Estudios de Historia Social*, 12-13 (1980), pp. 307-321, y Sergio VALLEJO: «Las cigarreras de la Fábrica Nacional de Tabacos de Madrid», en Luis Enrique OTERO CARVAJAL y Ángel BAHAMONDE (eds.): *Madrid en la sociedad del siglo XIX* (Vol. II), Madrid Alfoz, 1986, pp. 135-149.

<sup>2809</sup> Pamela RADCLIFF: «Elite women workers and collective action: the cigarette makers of Gijón, 1890-1930», *Journal of Social History*, 1 (Otoño 1993), pp. 85-108, y Eloísa BAENA LUQUE: *Las cigarreras sevillanas: un mito en declive, 1887-1923*. Málaga, Universidad de Málaga, 1993.

<sup>2810</sup> Para el caso de Radcliff, el hecho de que su investigación diera por resultado solamente un artículo, impidió que se presentase una imagen de la totalidad de la experiencia social y política de las cigarreras asturianas. De ahí la mayor importancia del estudio de Baena Luque.

<sup>2811</sup> Entre algunas de las obras más relevantes por su carácter general, destaco las siguientes: Paloma CANDELA SOTO: *Cigarreras madrileñas. Trabajo y vida (1888-1927)*, Madrid, Tecnos, 1997; Ana ROMERO MASIÁ: *A fábrica de Tabacos Da Palloza. Producción e vida laboral na decana das fabricas coruñesas*, Coruña, Federación de Alimentación, Bebidas e Tabacos de Galicia, 1997; María Jesús TEIXIDOR y Teresa HERNÁNDEZ SORIANO:

medida, por incorporar nuevas dimensiones de estudio hasta entonces olvidadas, con las que se trata de reivindicar la realidad social y laboral de las trabajadoras en su totalidad histórica, y no reducirlas a un colectivo de trabajo preindustrial. Todas las nuevas investigaciones han tocado aspectos como la vida de las cigarreras más allá de la fábrica (urdimbre de lazos asistenciales y vecinales), la importancia de las redes familiares en el trabajo, la demografía del colectivo, el perfil sociológico de la trabajadora del tabaco (edad, procedencia, situación familiar), la tipología de vivienda y las formas habitacionales, el universo simbólico y cultural... Todas ellas han incluido un análisis de su acción colectiva.

### **Más allá de la experiencia y el género. Un nuevo intento de historiar a la cigarrera decimonónica. Tiempo y espacios**

El propósito de este trabajo es el de intentar esclarecer las identidades que la cigarrera encerraba como sujeto social poliédrico. Es decir, una labor de síntesis de las formas de entender el mundo bajo las que actuaba como actriz histórica, asumiendo el carácter multilateral de su identidad que la historia socio-cultural ha puesto sobre la mesa.

Sin embargo, a pesar de esta apuesta, considero que la historiografía de las trabajadoras del tabaco ha partido de una serie de supuestos metodológicos que limitan las posibilidades de análisis de su objeto de estudio, y que pueden dar resultados controvertidos. En este sentido, son dos conceptos los que creo que pueden ser repensados: las categorías de experiencia y género.

En cuanto al concepto de experiencia se refiere, quizás debería dejar de plantearse como aquel espacio/momento en el que los sujetos, mediante la vivencia de su realidad -generalmente opresiva-, *descubren* su posición social e intereses objetivos. Tal y como plantean los historiadores post-sociales, los individuos o grupos no viven sus condiciones sociales y averiguan la subjetividad que les corresponde con su experimentación, sino que es la mediación de un determinado discurso la que permite objetivar su contexto como una realidad determinada, de represión o cualquier otra forma de adjetivarla<sup>2812</sup>.

Si nos referimos al género, esta categoría se ha tendido a utilizar como sinónimo de identidad feminista, cuando, a pesar de su relación, no son conceptos equivalentes. Considero el género como un sistema histórico de significados que ordena una sociedad desde la diferencia sexual entre

---

*La fábrica de tabacos de Valencia. Evolución de un sistema productivo (1887-1950)*, Valencia, UV/Fundación tabacalera, 2000; Luis ALONSO ÁLVAREZ: *Las tejedoras del humo. Historia de la fábrica de tabacos de A Coruña, 1804-2000*, Vigo, Fundación Altadis, 2001; Concepción CAMPOS LUQUE: *Cigarreras malagueñas. Tecnología, producción y trabajo en la Fábrica de tabacos de Málaga*, Madrid, Altadis, 2004; Luis ARIAS GONZÁLEZ y Ángel MATO DÍAZ, A: *Liadoras, cigarreras y pitilleras. La fábrica de tabacos de Gijón (1837-2002)*, Madrid, Altadis, 2005; María Montserrat GÁRATE OJANGUREN: *La fábrica de tabacos de San Sebastián. Historia y estrategia empresarial: 1878-2003*, Madrid, Altadis, 2006; y Arantza PAREJA ALONSO: «Liadoras de cigarrillos en Bilbao. Esposas, madres y huelguistas», *Cuadernos de Historia y Geografía*, 38 (2012), pp. 297-312.

<sup>2812</sup> Miguel Ángel CABRERA: *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Madrid, Cátedra, 2001, p. 83. Dos de las mejores revisiones del concepto de experiencia son la de William H. SEWELL: «How classes are made?: Critical reflections on E.P. Thompson's theory of working-class formation», en Havey J. KAYE y Keith McCLELLAND (eds.): *E.P. Thompson: critical perspectives*, Cambridge, Polity Press, 1990, pp. 50-77, y la de Joan SCOTT: «La experiencia como prueba», en Neus CARBONELL y Meri TORRAS (eds.): *Feminismos literarios*, Madrid, Arco, 1999, pp. 77-112.



hombre y mujer, y que tiene como referentes a cuerpos<sup>2813</sup>. Identidad feminista sería aquella que caracteriza dicha diferencia como opresiva, y define la relación entre sexos como desiguales e injustas<sup>2814</sup>. Es esta última subjetividad la que se ha solido atribuir a la cigarrera, junto a la de clase.

Sin embargo, y retomando la crítica del concepto de experiencia, la identidad feminista no sería una revelación cognitiva de unas condiciones de opresión. No es que, como supone en mayor o menor medida la historiografía existente, en las cigarreras hubiera cristalizado una cultura laboral y una conciencia política femeninas como resultado de su experimentación de una doble opresión (patriarcal-capitalista)<sup>2815</sup>. Más bien, se trata de que sus circunstancias de trabajo y vida fueran interpretadas mediante el manejo de un determinado discurso, que permitiera dicha caracterización y la posibilidad de convertir a la mujer en sujeto social como portador de unos derechos y libertades que se le estaban negando.

Con estas consideraciones, lo que planteo es un intento de formular nuevas posibilidades de entender a la cigarrera -que pasan por no «dar por hechas» ciertas identidades habitualmente adscritas a este colectivo- y la posibilidad de reevaluar la construcción y la transformación de su subjetividad. Si, como proponía el mismo Thompson siguiendo la distinción etnográfica de *emic/etic*, interpretar a un colectivo -en su caso, la clase- desde una categoría en la que no se veía ni identificaba significa no decir nada históricamente<sup>2816</sup>, lo mismo ocurre con las cigarreras y la identidad feminista que se les atribuye. Si las dotamos de ese tipo de identidad, sin plantearnos en primer lugar la posibilidad de si realmente la *tenían y podían tener*, podemos incurrir en el error de hacer de la mujer expresión de un *sujeto natural femenino, esencialista y ahistórico*<sup>2817</sup>. Y esto es algo que la propia historiografía feminista ha venido advirtiendo desde hace tiempo. Mary Nash, ya en 1994, observaba que «feminismo y redefinición de relaciones de género no son equiparables», y Nerea Aresti y Ángela Cenarro, en el XV Coloquio Internacional de la AEIHM en 2010, se preguntaron si toda transgresión del poder patriarcal podía ser considerada como feminismo, a lo que respondieron negativamente<sup>2818</sup>.

La pregunta que propongo es la de si la cigarrera del siglo XIX se puede definir mediante una identidad feminista, es decir, aquella que estructura la realidad desde una diferencia sexual interpretada como desigual, y que hace de la mujer un sujeto social oprimido; o si la trabajadora del tabaco portaba otras subjetividades que merezcan ser rescatadas como categorías explicativas de la práctica social de este grupo. Y si se daban diferentes identidades, si es posible captar cuál

---

<sup>2813</sup> Joan W. SCOTT. «Sobre el lenguaje, el género y la historia de la clase obrera», *Historia social*, 4 (1989), pp. 81-98, esp. p. 84.

<sup>2814</sup> Carmen DE LA GUARDIA: «Los discursos de la diferencia. Género y ciudadanía», en Manuel PÉREZ LEDESMA: *De súbditos a ciudadanos*, Madrid, CSIC, 2007, pp. 593-626, esp. p. 595.

<sup>2815</sup> Miguel Ángel CABRERA, Blanca DIVASSÓN y Jesús de Felipe REDONDO: «Historia del movimiento obrero. ¿Una nueva ruptura?», en Mónica BURGUERA y Christopher SCHMIDT-NOWARA: *Historia de España contemporánea: cambio social y giro cultural*, Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2008, pp. 45-80, esp. p. 62.

<sup>2816</sup> Edward P. THOMPSON: «Algunas observaciones sobre la clase y la falsa conciencia», *Historia social*, 10 (1991), pp. 27-32, esp. pp. 29-30.

<sup>2817</sup> Miguel Ángel CABRERA, Blanca DIVASSÓN y Jesús de Felipe REDONDO: «Historia del movimiento obrero...», p. 63.

<sup>2818</sup> En Inmaculada BLASCO HERRANZ: «Definir y explicar el feminismo histórico: debates y propuestas de análisis desde la historia», en Ángela CENARRO LAGUNAS y Régine ILLION (coords.): *Feminismos: contribuciones desde la historia*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2014, pp. 267-289, esp. pp. 269-270.

de ellas era la hegemónica, cómo se solapaban y activaban según las circunstancias<sup>2819</sup>, además de entender su carácter transversal y relacional en una totalidad discursiva compleja, junto a la caracterización histórica que se deba hacer de las mismas<sup>2820</sup>. Esto es lo que intentaré resolver en el trabajo, a la vez que un intento de dar una explicación de *cómo* y *por qué* aparecen esas identidades. Para ello, parto de la perspectiva post-social que sostiene que dichas subjetividades son el resultado de la tensión e interacción cognitiva entre una realidad empírica y la dimensión significativa de la que esta es dotada por un imaginario determinado<sup>2821</sup>.

Por tanto, aquí asumo la idea de que para que los individuos o grupos puedan convertirse en sujetos históricos y sociales, es necesaria la *existencia* de un discurso previo desde el que puedan definir el mundo en el que viven -y que establece las condiciones en las que se puede realizar tal definición-. Pero también es imprescindible la *posibilidad de acceso* al mismo. En este punto, es necesario entablar un diálogo con un área de nuestra disciplina. La historia urbana, entendida como una historia cultural de la ciudad<sup>2822</sup>, y su apuesta por una definición del espacio como articulador de identidades e hilo conductor de comportamientos<sup>2823</sup>, puede servirnos de ayuda. Es la ciudad la que diseña la posibilidad de que la gente pueda acceder o no a ciertos recursos sociales y culturales.

Esta perspectiva puede sernos de utilidad a la hora de entender a la cigarrera en el tiempo (Sexenio Democrático) y los espacios (Madrid y La Coruña) propuestos como marcos en los que encarar las cuestiones que pretendo resolver, mediante un análisis comparativo entre los colectivos de ambas ciudades. En este sentido, el ensayo se postula, primero, como un ejercicio de investigación micro-histórica, que intenta captar en un fragmento del pasado, lo suficientemente denso, una primera respuesta a sus preguntas, y segundo, como un intento de escapar del localismo por el que se ha caracterizado la historiografía de las trabajadoras del tabaco, mediante la yuxtaposición de cigarreras de diferentes regiones.

El período elegido en el que centrar nuestro análisis no es casual. 1868 supuso una socialización de la política desde el marco de derechos y libertades que emanaron de la Revolución de Septiembre: el espacio público y la participación política, hasta entonces cooptadas por determinados sectores de la sociedad, se ofertaron a más población mediante la multiplicación de los espacios de contacto y debate, con los que se incrementó la circulación de ideas, personas y valores<sup>2824</sup>. La distribución del capital social mediante el aprendizaje y el ejercicio de la democracia por parte de las clases populares movilizadas -ya fuera desde la institucionalidad política, vía elecciones, ya desde la mayor presencia en espacios de la sociedad civil, como pudiera ser el sistema de beneficencia pública<sup>2825</sup>- no fue algo ajeno a las cigarreras y puede resultar relevante a la hora de comprender sus formas de identidad y su práctica social.

---

<sup>2819</sup> Rafael CRUZ: «La cultura regresa a primer plano», en ÍD. y Manuel PÉREZ LEDESMA: *Cultura y movilización en la España contemporánea*. Madrid, Alianza, 1997, pp. 12-34, esp. pp. 31-33.

<sup>2820</sup> Carmen DE LA GUARDIA: «Los discursos de la diferencia...», p. 598.

<sup>2821</sup> Miguel Ángel CABRERA: *A genealogical history of society*, Suiza, Springer, 2018, p. 101.

<sup>2822</sup> Rubén PALLOL: «Deudas pendientes de la historia urbana en España», *Ayer*, 107 (2017), pp. 287-302, esp. p. 299.

<sup>2823</sup> Leif JERRAM: «Space: A useless category for historical analysis?», *History and theory*, 52 (2013), pp. 400-419, esp. p. 402.

<sup>2824</sup> Eduardo HIGUERAS CASTAÑEDA y Unai BELAUSTEGI BEDIALAUNETA: «Entre la ruptura y la continuidad: la democratización y sus límites durante el Sexenio (1868-1874)», *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, 37 (2017), pp. 1-7, esp. p. 2.

<sup>2825</sup> Rubén PALLOL: *Una ciudad sin límites. Transformación urbana, cambio social y despertar político en Madrid (1860-1875)*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2013, pp. 17-20.

Lo mismo ocurre con los espacios elegidos, tampoco han sido escogidos al azar. Madrid y La Coruña albergaron importantes colectivos de trabajadoras del tabaco, pero las ciudades eran diferentes, al menos en dos aspectos.

El primero de ellos es que, mientras que Madrid era la capital y corte del Estado, núcleo y matriz de las instituciones políticas, civiles y de beneficencia pública, La Coruña formaba parte de una región periférica y aislada políticamente, como era Galicia, y no contaba, en la misma medida, con los recursos sociales que sí estaban presentes en el epicentro del país. El segundo factor diferencial que debemos tener muy en cuenta es el siguiente: la apuesta por lo moderno en Madrid convivió en un mismo espacio tabicado -el casco viejo- con lo tradicional hasta que en 1868 se derribaron las murallas de la ciudad y se puso fin a la separación con los barrios extra-muros. No fue hasta aquel momento en el que las clases populares madrileñas -entre ellas, las cigarreras- pudieron acceder a una oferta cultural a la que sí podían llegar las coruñesas desde hacía tiempo, desde que en 1840 se derrumbaran las murallas que separaban la ciudad vieja de La Pescadería - el barrio portuario y burgués de la ciudad gallega- y las clases pobres del área sur suburbana, entre las que se encontraban las operarias coruñesas, pudieran moverse sin muchas restricciones por el casco antiguo, y realizar incursiones en el barrio de la burguesía y del comercio marítimo, que se había desarrollado espacial y socialmente de forma independiente a La Coruña más tradicional.

Creo que este tiempo, como momento de apertura política y cultural, y las ciudades elegidas, como parte de un intento de análisis comparativo cultural con la ayuda de la historia urbana, ponen los pilares, y la metodología y perspectiva las vigas, sobre los que poder construir y encauzar la investigación.

### **Un enfrentamiento entre prensa y literatura como fuentes primarias**

¿Por qué utilizar fuentes distintas para cada uno de los colectivos? Son varias las razones las que me han conducido a elegir la prensa nacional para las cigarreras madrileñas y *La Tribuna* de Emilia Pardo Bazán para las coruñesas.

Considero, tras una búsqueda significativa, que la prensa nacional surte de suficientes indicios y documentación como para realizar un intento de caracterización de la cigarrera madrileña, y ofrece una posibilidad de incluir otro resto del pasado que no solo sea el archivo -por otra parte, en su mayoría inexistente para las operarias madrileñas como fuente hasta 1887<sup>2826</sup>- y que informa, especialmente, de la conflictividad de las trabajadoras. He creído conveniente utilizar los periódicos disponibles en la hemeroteca digital de la Biblioteca Nacional de España (BNE) porque, desde su creación en 2007, brinda una ocasión para ampliar el horizonte historiográfico sobre las cigarreras del que, hasta entonces, no disponíamos, y que apenas se ha usado como fuente para las trabajadoras del tabaco<sup>2827</sup>.

---

<sup>2826</sup> En lo que se refiere a los archivos, si bien contamos con el de la Tabacalera SA, no disponemos prácticamente de documentos anteriores al arrendamiento de la CAT, que en su mayoría se encuentran desaparecidos. Véase Claude MORANGE: «De manola a obrera...», p. 321, y Sergio VALLEJO: «Las cigarreras...», p. 140.

<sup>2827</sup> A excepción del análisis de Espigado Tocino, no he encontrado ninguna otra investigación que se nutra de los recursos digitalizados de la BNE, ni de la prensa nacional anterior al arrendamiento del estanco del tabaco, en cuanto a la labor de historiar a las cigarreras madrileñas en el segundo tercio del siglo XIX. Véase Gloria ESPIGADO TOCINO: «De Lavapiés a Marineda. El uso de la violencia en la protesta de las cigarreras (1830-1908), en Marie-



Si la prensa nacional de la hemeroteca digital de la BNE es útil para las madrileñas, esto no sucede con las coruñesas. Con unos noticiarios volcados a los sucesos que se vivían en la capital, y ante la imposibilidad de acceder a la hemerografía producida en La Coruña, he optado por escoger la literatura como vestigio donde «buscar» la identidad de las cigarreras coruñesas. *La Tribuna* de Emilia Pardo Bazán<sup>2828</sup> presenta, al igual que la prensa, un discurso del pasado y no el pasado en sí, lo que reafirma la necesidad de que la historia entable, por fin, un diálogo con lo literario como fuente de conocimiento<sup>2829</sup>. Además, la novela goza de una legitimación empírica: la obra no es el resultado, únicamente, de la capacidad imaginativa de la autora, sino el fruto de todo un trabajo de campo desempeñado por la escritora durante los meses en los que convivió a diario con las cigarreras coruñesas. *La Tribuna* es el testimonio de esta labor y reflejo de la vida y pensamiento de las trabajadoras.

Sin embargo, antes de empezar el análisis, es necesario emprender un ejercicio de honestidad historiográfica. Las clases subalternas plantean un problema para todo historiador, en cuanto a si los documentos que usa como fuentes reflejan fielmente la voz de los que no han dejado rastro de forma directa. Es más que posible que no sea así<sup>2830</sup>: el vestigio del subalterno está mediado por un discurso históricamente situado, y esto es lo que sucede con la prensa y la novela.

Aun siendo cierto, creo que no por esto debemos olvidarnos de las cigarreras durante el Sexenio Democrático, o cualquier otro período en el que no tengamos un testimonio directo empíricamente. El pasado lega al historiador el material con el que trabaja, y este debe ser capaz de moldearlo en la medida que pueda. Y estas posibilidades de tratamiento, para las fuentes que se van a manejar, son las de utilizar las demandas de las cigarreras que aparecen en la prensa como prueba de las argumentaciones que propondré, y en el caso de las coruñesas en entender que *La Tribuna* es un testimonio indirecto de las trabajadoras de La Palloza. De ahí que en múltiples ocasiones utilice la voz de Amparo para sostener mis ideas: siendo un personaje literario, quiero considerarlo, en la medida de sus posibilidades, como la voz de las operarias.

Empero, aunque sea posible historiar al colectivo en este período, los resultados y las hipótesis que se desprendan de la investigación han de mantenerse en cuarentena. Todas las afirmaciones y propuestas que vaya sugiriendo a lo largo del trabajo deben tratarse más como «*indicios de*», rastros o hipótesis a considerar, que como argumentaciones unívocas y demostradas históricamente. Como autor del ensayo, soy plenamente consciente de las limitaciones de los resultados.

---

Linda ORTEGA y Sylvie TURC-ZINOPOULOS (dir./eds.): *De la violencia y de las mujeres: España 1808-1918*, Bruselas, Peter Lang, 2017, pp. 69-91.

<sup>2828</sup> Encuadrada en el naturalismo literario, la novela narra la vida de su protagonista, Amparo, en la ciudad de La Coruña como cigarrera y republicana, y el despliegue de sus roles sociales como operaria de la fábrica de La Palloza, activista política y enamorada de un militar del barrio de La Pescadería, Baltasar, todo ello encuadrado en el marco de la Revolución de 1868.

<sup>2829</sup> Mónica BURGUERA: «Presentación. Género y subjetividad en la España del siglo XIX. (Un diálogo entre historia y literatura)», *Espacio, forma y tiempo. Serie V. Historia contemporánea*, 29 (2017), pp. 15-19, esp. p. 15.

<sup>2830</sup> Gayatri Chakravorty SPIVAK: «Can the subalterne speak?», en Cary NELSON y Lawrence GROSSBERG: *Marxism and the interpretation of culture*, Basingstoke, Macmillan Education, 1988, pp. 271-313.

## Ciudadanas, trabajadoras y republicanas: las identidades de la cigarrera del Sexenio

En las fuentes se confirma, efectivamente, el carácter multilateral de la subjetividad de la cigarrera. Tanto en la hemerografía nacional como en *La Tribuna*, la trabajadora del tabaco se define como un sujeto poliédrico. Sin embargo, parece que esas identidades están atravesadas y gravitan en torno a una principal, que se torna como el elemento sustancial y articulador del imaginario del colectivo: me refiero a la noción de ciudadanía, o a una forma de comprender qué significaba ser ciudadano.

El análisis de fuentes ha planteado la posibilidad de que las trabajadoras desplegaran sus demandas como ciudadanas, desde la percepción de que tenían una serie de derechos y libertades naturales que no estarían siendo respetados, concretamente el derecho al trabajo como forma de autosuficiencia del ser humano. Es la identidad de ciudadanía vinculada al trabajo la que explicaría, *principalmente*, el pensamiento y práctica de las cigarreras, y esto funcionaría tanto para las madrileñas como para las coruñesas, tal y como expondré a continuación.

Las cigarreras madrileñas aparecen en la prensa del Sexenio como protagonistas de tres grandes altercados en la fábrica de Tabacos de Madrid, en octubre de 1871, en junio de 1872 y en enero de 1874. Estos choques pueden ser caracterizados como problemas de trabajo: en el primero de ellos, las cigarreras reclamaron más tabaco para realizar su labor, mientras que en los dos posteriores protestaron por la introducción de maquinaria en la fábrica.

En octubre de 1871, las cigarreras, a diferencia de lo que habían venido demandando en anteriores conflictos en la fábrica, no pedían tabaco para hacer cigarros porque el material faltase o hubiese poco -y por ende, no pudieran ganar su jornal<sup>2831</sup>-, sino que se pusieron en huelga porque querían trabajar más para ganar más, y eso pasaba por una distribución nueva y diferente del tabaco entre los distintos talleres de la fábrica. Tras llamar a las operarias a deponer su actitud belicosa si no querían perder su derecho de petición, el director general de rentas aceptó negociar con una comisión de cigarreras y prometió promediar y repartir de forma uniforme la cantidad de tabaco entre las operarias de los diferentes talleres para que estas pudieran sostenerse realizando su labor<sup>2832</sup>.

Como vemos, ya no se trataría de un pacto entre el rey y sus súbditos que no ha sido respetado, sino de un proceso de negociación moderno entre dos partes mutuamente reconocidas y que pueden cambiar los términos de su acuerdo, ya la una, ya la otra. Asimismo, la demanda de un reparto equitativo del material entre los talleres por parte de las operarias quizás exprese una nueva idea de lo que era justo, que se distanciaba de las percepciones del mundo del artesano y de las jerarquías laborales entre los componentes del oficio.

Estos elementos reaparecerían en los años siguientes. El ludismo de 1872 y de 1874 no habría sido el resultado de una conciencia primitiva de clase, ni el fruto del descontrol pasional femenino, sino la expresión de la percepción de las operarias de que su derecho al trabajo se les estaba siendo quitado injustamente.

En junio 1872, en un momento de falta de material y de retraso en sus pagas, todo un departamento de la fábrica destrozó una máquina de hacer cigarrillos que se había traído al edificio,

---

<sup>2831</sup> Las cigarreras trabajaban a destajo, con lo que dependían del aprovisionamiento de material para ganar su salario.

<sup>2832</sup> *La Correspondencia de España*, 18 de octubre de 1871: 2, y 20 de octubre de 1871: 2 y 3; *El Pensamiento Español*, 21 de octubre de 1871: 3; *La Esperanza*, 19 de octubre de 1871: 4; *La Nación*, 19 de octubre de 1871: 3; *La Época*, 19 de octubre de 1871: 3, y 21 de octubre de 1871: 3; y *Gil Blas*, 22 de octubre de 1871: 2.

al parecer, a modo de prueba y sin haberle dado ningún uso por entonces. También se destruyó otra máquina para el picado que había en la fábrica y se causaron desperfectos contra otros artilugios mecánicos del establecimiento. Parece que, finalmente, se aceptaron las exigencias de las operarias. Se habría accedido a no poner máquinas en la Fábrica y no se tomaron cargos o represalias contra las trabajadoras que participaron o promovieron el conflicto<sup>2833</sup>.

La clave de este incidente estriba en comprender en que las cigarreras no protestaban contra lo mecánico, o no solo contra ello. Antes de este altercado, había ya otras máquinas en la fábrica y que no habían supuesto un problema para las cigarreras hasta el verano de 1872. Lo que las operarias habrían visto en la máquina sería un peligro de perder su trabajo, pero no al modo antiguo de un acuerdo que se ha quebrantado, sino como derecho al mismo<sup>2834</sup>.

Algo parecido ocurrió en enero 1874. El esquema de los anteriores conflictos se repetía, pero una novedad aparece. Sin que llegara a promoverse ninguna destrucción ludita, las trabajadoras se alteraron al conocer que el gobierno iba a adquirir una máquina para instalar en la fábrica. Ante el alboroto, el director de rentas se presentó en el edificio, parlamentó con una comisión de cigarreras -compuesta de maestras-, y la llevó ante el Ministerio de Hacienda, José Echegaray, quien tranquilizó a las operarias y consiguió acabar con los alterados ánimos de las trabajadoras. Al día siguiente, el Ministro emitió a las operarias una nota circular, en la que se especificaba que la máquina estaría tan solo a prueba y que en ningún caso se despediría a ninguna trabajadora o se reduciría la producción, sino que se había acordado con el contratista que los salarios subirían y que este se había comprometido a dar trabajo a todas las cigarreras<sup>2835</sup>.

El hecho de que las cigarreras se tranquilizasen cuando se les dijo que el contratista debía darles empleo de cualquier forma, puede manifestar una nueva concepción de la sociedad: ya no se trataría de cuerpos cerrados al modo gremial, sino que el trabajo se empezaba a convertir en una mercancía, algo en circulación y en movimiento frente al hermetismo e inmovilidad del oficio<sup>2836</sup>.

Este tipo de demandas que las trabajadoras del tabaco de la capital exigieron durante el Sexenio Democrático, se encontraban también presentes entre las coruñesas, concretamente en la boca de Amparo como actriz principal de *La Tribuna*. En el motín de las cigarreras por no cobrar del final de la obra, la protagonista moviliza a sus compañeras bajo la concepción de que todas las personas habían nacido iguales y que cada una de ellas tenía unos derechos individuales inalienables<sup>2837</sup>. El jornal era uno de ellos, derivado de la labor que la operaria había realizado, y cuya reclamación era justa<sup>2838</sup>. El trabajo se entiende entonces no solo como un derecho, sino también como la aptitud que convierte a un individuo en ciudadano por su capacidad de producir riqueza para la sociedad<sup>2839</sup>.

---

<sup>2833</sup> *Gil Blas*, 16 de junio de 1872: 1 *La Regeneración*, 8 de junio de 1872: 3, y 10 de junio de 1872: 3; *La Nación*, 7 de junio de 1872: 1, y 8 de junio de 1872: 2; *El Pensamiento Español*, 8 de junio de 1872: 3; *La Época*, 7 de junio de 1872: 2-3, y 9 de junio de 1872: 3; *La Igualdad*, 8 de junio de 1872: 2; *La Esperanza*, 8 de junio de 1872: 3; y *El Imparcial*, 7 de junio de 1872: 3.

<sup>2834</sup> *La Época*, 7 de junio de 1872: 2-3.

<sup>2835</sup> *La Correspondencia de España*, 30 de enero de 1874: 2; *El Mundo*, 31 de enero de 1874: 3; *La Discusión*, 31 de enero de 1874: 2; *La Época*, 31 de enero de 1874: 2. *La Iberia*, 31 de enero de 1874: 2; y *El Imparcial*, 31 de enero de 1874: 3.

<sup>2836</sup> Sobre el concepto del trabajo como mercancía, véase Richard BERNACKI: *The fabrication of labor. Germany and Great Britain*, Londres, University of California Press, 1995.

<sup>2837</sup> Emilia PARDO BAZÁN: *La Tribuna*, Madrid, Cátedra, 2016, pp. 240 y 243.

<sup>2838</sup> *Ibid.*, p. 243.

<sup>2839</sup> *Ibid.*, pp. 125 y 141.

Son estas concepciones de la ciudadanía y del trabajo desde la que se articulan el resto de identidades de las operarias. En este sentido, las dos que se han asociado a la cigarrera por parte de la historiografía, la de género -en su expresión feminista- y la de clase, o no aparecen como categorías explicativas de la subjetividad y acción de las trabajadoras, o lo hacen desde parámetros diferentes a los que han sido formulados.

En cuanto a la identidad feminista -la mujer como sujeto social con derechos y libertades que les están siendo negados por una opresión masculina-, no la tenemos presente en las fuentes. Ninguna demanda de las operarias se formuló en esos términos. No hay una percepción de injusticia de sexos que haga reclamar una igualdad entre ambos. Si así fuera, las cigarreras madrileñas no hubieran percibido a las maestras de cada taller como una autoridad externa en 1871 en los mismos términos que otros funcionarios varones<sup>2840</sup>, no se hubieran enfrentado a ellas ni las hubieran agredido en 1872<sup>2841</sup>, y la posibilidad de que la comisión de las cigarreras de 1874 compuesta de maestras se pudiera definir como expresión de una identidad feminista, se evapora cuando se desliza en la prensa que dichas maestras fueron amonestadas por su insubordinación<sup>2842</sup>. Lo mismo ocurre en La Coruña: es una maestra la que impide a Amparo seguir leyendo un periódico republicano, y en el motín, las maestras se posicionan con la autoridad que acaba con el conflicto<sup>2843</sup>. Conflictos en los que no todas las cigarreras se movilizaron. En el caso de las madrileñas, en 1871 se levantó el taller de cigarros comunes y en 1872 se especifica que solo lo hizo un departamento<sup>2844</sup>, y los enfrentamientos entre las trabajadoras coruñesas son más frecuentes en la obra que la comunión entre ellas<sup>2845</sup>.

Sin embargo, esto no quiere decir que las cigarreras no portaran una feminidad, un conjunto de percepciones de lo que significaba ser mujer, sino que no dieron por resultado una identidad feminista que explicara, por sí misma, estas prácticas concretas. Así, por ejemplo, el que se inaugurara en 1871 el asilo de los hijos de las cigarreras<sup>2846</sup>, como parte de todo un sistema de ayuda pública para las operarias que ya llevaba en marcha años mediante casas de maternidad, salas de lactancia, hospital, etcétera, no debe verse *solo* como el resultado del intento de congeniar la responsabilidad doméstica y maternal de las cigarreras con sus quehaceres laborales. También debería contemplarse como el fruto de un proceso de secularización social, en el que la beneficencia ya no era solo la caridad de la Iglesia, sino que se estaba convirtiendo en un derecho de la sociedad, que significaba una nueva relación entre Estado y ciudadanos -y que tenía especial relevancia en Madrid como capital-<sup>2847</sup>. Asimismo, en *La Tribuna*, cuando Amparo se lamenta de que «arranquen a una de sus brazos al hijo de sus entrañas», responsabiliza de ello a la tiranía tradicional y al rey, a los que era preciso deponer mediante la república federal y a la que llama a sus compañeras bajo el grito de ciudadanas<sup>2848</sup>. Probablemente, la cigarrera era mujer en cuanto

---

<sup>2840</sup> *La Correspondencia de España*, 20 de octubre de 1871: 2,3.

<sup>2841</sup> *El Pensamiento español*, 8 de junio de 1872: 3, y *La Regeneración*, 8 de junio de 1872: 3.

<sup>2842</sup> *La Época*, 31 de enero de 1874: 2.

<sup>2843</sup> Emilia PARDO BAZÁN: *La Tribuna*...pp. 113 y 245.

<sup>2844</sup> Respectivamente, *La Correspondencia de España*, 20 de octubre de 1871: 2,3, y *La Época*, 7 de junio de 1872: 2-3.

<sup>2845</sup> Emilia PARDO BAZÁN: *La Tribuna*...p. 127.

<sup>2846</sup> *El Imparcial*, 12 de noviembre de 1871: 3.

<sup>2847</sup> Para profundizar en la cuestión. Josué J. GONZÁLEZ RODRIGUEZ: «Del individuo pobre a la pobreza como problema social», en Miguel Ángel CABRERA (coord.): *La ciudadanía social en España. Orígenes históricos*, Santander, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, 2013, pp. 131-168.

<sup>2848</sup> Emilia PARDO BAZÁN: *La Tribuna*...pp. 124-125.

que era madre, pero incluso, como vemos, esta cuestión era un asunto político que se proyectaba a la luz de su concepción como ciudadana.

En cuanto a la identidad de clase -aquel grupo social diferenciado por las relaciones de producción, y que aspira a la emancipación de sí mismo, y, con él, de la sociedad en su conjunto-, esta tampoco parece desempeñar un papel significativo, y probablemente no estuviera presente entre las operarias. Ya he hablado de los choques entre las compañeras. De las pocas referencias al término de «clase» que se explicitan en las fuentes, una de ellas aparece en boca de Amparo cuando recuerda y reproduce un mitin republicano al que había acudido y en el que se llamaba a que las clases trabajadoras se uniesen para luchar en nombre del trabajo, la honradez y la libertad<sup>2849</sup>. La clase se presentaría entonces no en los términos del socialismo, sino en los del liberalismo, como una clase de ciudadanos con derechos y libertades derivados de la posición que ocupan en la sociedad y de la aportación que hacen a ella con su trabajo.

Probablemente, el discurso de ciudadanía y del trabajo que guiaba el pensamiento y acción de las cigarreras hizo que estuvieran vinculadas al liberalismo, especialmente en su fórmula republicana. En cuanto a las madrileñas se refiere, sabemos de su asistencia a un mitin del general Prim en la carrera de San Jerónimo en un club revolucionario, donde portaron una bandera de España y se codearon con otros grupos que componían el auditorio del político junto a ellas, como fueron los estudiantes o los vendedores de libros, así como de la agitación que ejercieron en el Congreso durante la celebración de la Asamblea constituyente de 1869, bajo los gritos de abajo las quintas, las puertas y el gobierno, habiendo estado coordinada esta acción por grupos republicanos<sup>2850</sup>. Por su parte, el republicanismo -federal- de Amparo y de sus compañeras está presente en toda la obra, desde en las lecturas de periódicos en los talleres, hasta en la asistencia de su protagonista a un banquete de republicanos como conferenciante en el capítulo XVIII<sup>2851</sup>.

Es menester apuntar algo: no se trataría de que un colectivo avanzado de mujeres se adscribiera al pensamiento más avanzado y radical de la época para lograr su emancipación, ni de que la clase obrera se aliara con los republicanos, sino que si las cigarreras estuvieron vinculadas al republicanismo fue por su concepción de la ciudadanía y del trabajo, que les permitía identificarse con la propuesta política de dicha corriente.

## **Hacia una nueva historia de las identidades. Recapitulación y conclusiones**

Lo que he intentado plantear con este trabajo es la posibilidad de que la cigarrera del Sexenio Democrático -en la medida en la que se pueda hablar de un arquetipo de cigarrera- pudiera haberse definido como ciudadana y trabajadora, en cuanto a que habría pensado y actuado *con, desde y en* esas categorías, las cuales la habrían conducido a percibirse como sujeto de la sociedad con una serie de capacidades y derechos naturales e inalienables. Sus demandas laborales y la forma en la que fueron perfiladas (derecho al trabajo, mayor salario, aceptación de la posibilidad del cambio de empleo, los procesos de negociación con el Estado y sus representantes...) podrían verse como

---

<sup>2849</sup> *Ibid.*, p. 141.

<sup>2850</sup> Las noticias aparecen, respectivamente, en *La Correspondencia de España*, 8 de octubre de 1868: 3, 4, y en *Don Quijote*, 30 de marzo de 1869: 2, 4.

<sup>2851</sup> Emilia PARDO BAZÁN: *La Tribuna...*, p. 105.

resultado de unas reclamaciones que se realizaron desde su posición como ciudadanas y trabajadoras, lo que las convertía en parte reconocida de la sociedad<sup>2852</sup>.

Estas identidades modernas, es cierto, convivieron con otras tradicionales. Ciertas percepciones y actitudes asociadas a la pertenencia a un oficio estuvieron presentes entre las cigarreras: el auto-sostenimiento del grupo mediante fondos de hermandad en momentos de necesidad, la continuidad trabajo-hogar, la transmisión interna del aprendizaje del oficio, o la destreza manual y técnica como principio de jerarquía del grupo. Sin embargo, todo ello estaba en proceso de transformación con la injerencia de un nuevo discurso. Así, por ejemplo, Amparo no pretendía, en un primer momento, entrar a la fábrica siguiendo el oficio de su madre. Asimismo, su ingreso no se produjo por una herencia familiar del trabajo, sino porque conoció al primo de la mujer del contador de la fábrica casualmente, siendo este quien terminaría «enchufándola» como último eslabón de una cadena de influencias<sup>2853</sup>.

Siguiendo con la recapitulación, como he expuesto en el anterior apartado, la clase no aparecería entre las cigarreras más que como una «clase de ciudadanos», que contribuye y forma parte de la sociedad por su trabajo como fuente de riqueza. Lo mismo sucedería con la identidad feminista: no habría tenido operatividad entre las trabajadoras a la hora de explicar su pensamiento y acción históricos. Sin embargo, como he apuntado, esto no quiere decir que la diferencia sexual no estuviese presente en el discurso de las cigarreras: estas tenían una noción de lo que significa ser mujer -es decir, una identidad de género-, pero no definieron dicha condición en términos de opresión y de aspiración a la igualdad con los varones. Y, aunque, efectivamente, el ciudadano del liberalismo fuera, políticamente, el varón blanco, occidental y heterosexual, fue su condición implícita de universalidad como categoría lo que habría generado la posibilidad de que las cigarreras se acogieran al discurso de la ciudadanía.

De hecho, sabemos cómo en el propio liberalismo se venía produciendo, desde el Trienio, un proceso de negociación de la condición de ciudadanía, en cuanto a la forma en la que operaba y funcionaba en ella la diferencia sexual que lo atravesaba. La teoría de la complementariedad de los sexos, de origen ilustrado, permitió dotar a la mujer de una racionalidad desde la que poder explicar su presencia en la esfera pública, aunque solo fuera para educar y ayudar al ciudadano varón, y sin cuestionar la subordinación de la mujer al hombre. Sin embargo, esto a la postre generaría la oportunidad de que esas mujeres se percibieran a sí mismas como sujetos con una serie de derechos y deberes civiles<sup>2854</sup>, acogiéndose, como he apuntado, a la universalidad del sujeto del discurso liberal. Es muy posible que las cigarreras accedieran a esta forma de entender la ciudadanía cuando la beneficencia pública de la Inclusa cayó en manos de la Junta Municipal del Trienio Esparterista a partir de 1840, que habría hecho circular esta percepción<sup>2855</sup>. De ahí que, como han propuesto Irene Castells y Elena Fernández, muchas de las acciones de las mujeres del siglo XIX deban verse en términos de ejercicio de la ciudadanía, aún estrechada a ciertos espacios

---

<sup>2852</sup> Para el concepto de trabajador, véase Jesús de Felipe REDONDO: *Trabajadores. Lenguaje y experiencia en la formación del movimiento obrero español*, Oviedo, Genuève, 2012. Para el de ciudadanía, Miguel Ángel CABRERA: «El sujeto de la política: naturaleza humana, soberanía y ciudadanía», en ÍD. y Juan PRO: *La creación de culturas políticas modernas* (vol. 1), Zaragoza, Marcial Pons, 2014, pp. 37-67.

<sup>2853</sup> Emilia PARDO BAZÁN: *La Tribuna...*, p. 87.

<sup>2854</sup> Mónica BURGUERA: «Mujeres y revolución liberal en perspectiva. Esfera pública y ciudadanía femenina en la primera mitad del siglo XIX en España», en Encarnación GARCÍA MONERRIS, Ivana FRASQUET MIGUEL y Carmen GARCÍA MONERRIS (eds.): *Cuando todo era posible: liberalismo y antiliberalismo en España e Hispanoamérica (1740-1842)*, Madrid, Sílex, 2016, pp. 257-296, esp. pp. 278-279.

<sup>2855</sup> *Ibid.*, pp. 288-289.



y momentos<sup>2856</sup>. Aunque la Junta de Damas volviera a capitanear la caridad en el distrito madrileño desde 1849, el discurso de una ciudadanía femenina ya estaba en circulación.

Esa contradicción entre ciudadano varón y universalidad, que empezaba a explicitarse a mediados de siglo con la inclusión de lo social y la percepción de la mujer como sujeto en determinados ámbitos<sup>2857</sup>, se habría agudizado con el contacto de las cigarreras con corrientes liberales que tenían como uno de sus pilares ideológicos el trabajo. En 1854, las trabajadoras madrileñas estuvieron en las barricadas del progresismo<sup>2858</sup>, y ya hemos visto cómo, tanto las operarias de la capital como las coruñesas, se encontraron vinculadas durante el Sexenio al republicanismo, federal o no. Las cigarreras accedieron a un discurso sobre el trabajo del que antes no disponían, y que les permitió maximizar las posibilidades de percibirse como ciudadanas y proyectar sus demandas bajo dicha concepción ligada al trabajo. Habría sido el hecho de que operaran bajo este imaginario lo que explicaría, por ejemplo, sus demandas de mayor salario en 1871 o el caso de ludismo de 1872 y su ataque a máquinas ya presentes desde años atrás.

Quizás, lo que permitió el acercamiento de las operarias a esas concepciones del trabajo fue la disposición espacial de la ciudad. En cuanto a las coruñesas, la movilidad espacial que pudieron practicar acudiendo al barrio burgués y comercial de La Pescadería desde la década de 1840, habría hecho que pudieran familiarizarse con propuestas modernas que se difundían en ese espacio, a diferencia de áreas marginales de La Coruña como el extra-radio en las que las operarias vivían y donde esos debates no estaban en circulación. En lo que se refiere a las cigarreras madrileñas, estas habrían podido acceder a este discurso tras el derribo de las antiguas murallas de Madrid en 1868, y no antes, o no con la misma concurrencia.

Sea como fuere, lo que he intentado sugerir con la investigación es que, la cigarrera del siglo XIX, o al menos durante el Sexenio Democrático, habría sido, ante todo, una ciudadana, y si pudo definirse a sí misma desde esas coordenadas liberales fue porque, a pesar de que dicha identidad estuviera atravesada por la sexualidad, su pretendida universalidad permitió la posibilidad conceptual de que dicho discurso hubiera podido operar y funcionar históricamente entre las trabajadoras del tabaco. Esa misma contradicción es la que generaría, como arguye Scott, una identidad feminista<sup>2859</sup>, que, si bien estaba emergiendo en España con escritoras como Gertrudis Gómez de Avellaneda o Carolina Coronado, no se encontraba operativa entre las operarias, no aparece en las fuentes o no es significativa a la hora de explicar su acción histórica. Lo mismo ocurre con la identidad de clase, como he expuesto.

Todas estas cuestiones son las que he intentado trazar en la investigación, cuyos resultados deben ser tomados como indicios, a la espera de poder dar con fuentes directas que los reafirmen. En todo caso, sí se puede decir que la cigarrera fue un microcosmos de identidad que encerró muchas de las tensiones que atravesaron la modernidad. Es por ello que realizar una nueva lectura de su historicidad nos permite encarar los desafíos de una nueva agenda histórica que reevalúe cómo y por qué se forman las identidades.

---

<sup>2856</sup> Irene CASTELLS OLIVÁN y Elena FERNÁNDEZ GARCÍA: «Las mujeres y el primer constitucionalismo español (1810-1823)», *Historia constitucional*, 9 (2008), pp. 163-180.

<sup>2857</sup> Inmaculada BLASCO HERRANZ: «Definir y explicar...», pp. 283-284.

<sup>2858</sup> Archivo de Villa de Madrid, Sección de Secretaría, 1854 (4-158-10).

<sup>2859</sup> Joan SCOTT: *Only paradoxes to offer: french feminists and the rights of man*, Cambridge, Harvard University Press, 1998.